

Dos piezas de Teatro Breve

Enrique Romero





Dos piezas de Teatro Breve

Enrique Romero

Enrique Romero
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
SEGUNDA EDICIÓN

Maracaibo, 2013
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-5470-8
Depósito Legal: ZU2024000390

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

La poética dramática de Enrique Romero: a propósito de Dos piezas de teatro breve

Carlos Ildemar Pérez

Hace ya muchos años, más de veinte, recuerdo que un domingo apareció en el diario *Panorama* una nota crítica que escribí sobre un libro de monólogos de Enrique Romero titulado *Mujeres en Maracaibo*, editado por Monte Ávila. Desgraciadamente, no solo perdí aquella nota, sino que, entre mudanza y mudanza, también extravié ese excelente libro. Confieso que aún recuerdo con agrado la forma en que Enrique Romero, con ese educado y amable rigor que lo caracteriza, agradeció aquella crítica a su indispensable obra teatral.

Ahora, por el azar y el destino, tengo ante mí *Dos piezas de teatro breve*, también de Enrique Romero, editado por el Movimiento Poético de Maracaibo en la colección que lleva el nombre de uno de los actores más queridos y respetados del teatro zuliano: el entrañable maestro Jesús “Chucho” Pulido. *Dos piezas de teatro breve* está compuesta por *Dos personajes han decidido saludarte*

y el monólogo *Esa clemencia que pido en la penumbra*. En ambas obras resalta la fuerza estilística propia de Enrique Romero, quien dota a su dramaturgia de un tono, forma y figura que no dudo en calificar de personalísima.

En la dramaturgia de Enrique Romero, lo esencial —y que aprecio como un aporte significativo y constante— reside en la acertada construcción psicológica de sus personajes. Esto se aprecia en las damas de Rosado y de Celeste, así como en el caso del paciente, cuyas vitalidades humanas, simbólicas, históricas y afectivas están estrechamente ligadas al esfuerzo por exaltar las potencialidades del lenguaje. Este lenguaje, cuidadosamente expresado en la creación de los diálogos, evita caer en los ripios expresivos carentes de talento literario, la estridencia tonal que desteatraliza o la vulgaridad gratuita como fórmula vacía. Todas estas formas empobrecedoras, que sustituyen el verdadero teatro popular por un teatro populachero y decadente, no forman —ni han formado jamás— parte de la propuesta dramatúrgica de Enrique Romero.

En *Esa clemencia que pido en la penumbra*, el paciente, bajo los efectos de tranquilizantes, dice:

“Ahora me toca comenzar a buscar de nuevo mi propio bosque nocturno. Mientras lo busco, o mientras el matorral de la noche se

hace dueño de mí, con mis ojos que se entrecierran aprenderé los astros, los de arriba, que también brillan. A propósito, no abriré mi mano durante el sueño. Mi diestra permanecerá cerrada. Podría perder mi planeta. Tengo que cuidarlo desde lo que me queda. No te desampararé, planeta mío. Soy un hombre fiel, muy fiel. Ellos no me perdonan esta fidelidad.”

Sin exagerar, debo decir que esta calidad poética y cuidado expresivo en los diálogos de Enrique Romero están a la altura, por ejemplo, de los de *Edipo Rey*, *Hamlet* o los escritos por Oscar Wilde, Chéjov o Brecht. La dramaturgia, en todo tiempo y lugar, es fundamentalmente diálogo: la máxima expresividad del ser. Por ello, supone una exigencia de escritura hecha de excelencia y perfección.

Quienes conocen poco o casi nada de teatro podrían suponer erróneamente que la dramaturgia de Enrique Romero respalda una visión aristocrática del teatro, destinada a minorías cultas o intelectuales. Pero, para el despecho de muchos, toda dramaturgia debería ser como la que escribe Enrique Romero: llena de esplendores confesionales y sensibilísimos, bien estructurada dramáticamente, sin aspavientos ni pretensiones, y mejor escrita en cada palabra que pronuncian sus personajes.

Otro aspecto literario interesante en la dramaturgia de Enrique Romero es su marcado carácter lírico, que sostiene la trama de estas dos piezas teatrales. Esto se aprecia especialmente en *Dos personajes han decidido saludarte*, donde el desarrollo del conflicto se realiza mediante cuidadosas introspecciones y evocaciones en torno a lo más íntimo.

Al leer la obra, podrán confirmar que estas deliciosas damas son voces ocultas. Más que fantasmas, son memorias transparentes: personajes que buscan existir, encarnando sus deseos y pensamientos en los futuros cuerpos de las actrices. La dama de Celeste dice:

*“¿Estarán dispuestas dos actrices maracaibe-
ras a disciplinarse hasta que mi compañera y
yo podamos caminar y discurrir...?”*

Más adelante, la dama de Rosado dice al director de teatro:

“¡Nuestras voces quieren volverse gritos!”

Sin voz, no existiría el teatro. Sin hablas, no habría teatralidad. Por eso, lo más teatral de la existencia reside en la oralidad, que da autenticidad al teatro. En la subjetividad del decir, que siempre ocurre en colectivo, encuentra Enrique Romero el apasionamiento por el sabio dictamen del existir. Los personajes creados por Romero no son fachadas ni disfraces: son fuerzas humanas llenas de tensión auténtica.

Peter Brook, extraordinario director de teatro inglés del siglo XX, señala en su libro *El espacio vacío* que: “*Algunos escritores intentan remarcar su significado con acotaciones y explicaciones escénicas; sin embargo, no deja de chocar el hecho de que los mejores dramaturgos son los que menos acotan.*” Esto es evidente en la obra de Enrique Romero, cuyo dominio dramático es tal que no utiliza acotaciones. Así, evita agobiar al lector con paréntesis explicativos que desvían la atención del hilo dramático. En su dramaturgia, el sentido del espacio-tiempo de los personajes yace en el desarrollo de los diálogos, los cuales hilvanan la realidad y el contexto sin recurrir a explicaciones innecesarias. Esta sutileza permite a directores y actores construir, casi ilimitadamente, las posibilidades escénicas según sus intereses.

Publicar una obra como esta en Venezuela es un hecho histórico para la bibliografía teatral del país. La edición de *Dos piezas de teatro breve* (en homenaje a Elisa Lerner y Elizabeth Schön, madres del teatro femenino e intimista de Venezuela) por el Movimiento Poético de Maracaibo representa un respiro para la dramaturgia zuliana. A pesar de las dificultades que enfrenta el quehacer dramático dentro y fuera del teatro, incluso contra los propios teatreros, la dramaturgia con mayúscula, como la de Enrique Ro-

mero, siempre sabrá resistir para no convertirse en cadáver.

**Maracaibo, miércoles,
11 de diciembre de 2013**

*(Palabras escritas para presentar el libro de
Enrique Romero en el Centro de Arte de
Maracaibo Lía Bermúdez)*

**Dos personajes
han decidido saludarte**

*Homenaje a Elisa Lerner
y al recuerdo de Elizabeth Schön*

I

DAMA DE ROSADO: —Antes de que él regrese, hemos de ponernos de acuerdo.

DAMA DE CELESTE: —Todos andan muy atareados en esta casa. Ni siquiera nos han notado.

DAMA DE ROSADO: —Tal vez crean que pertenecemos al curso de cerámica que puebla de mujeres las tardes de este agradable sitio.

DAMA DE CELESTE: —Esas mujeres tampoco nos han mirado. Conversan con su barbado profesor, mientras amasan púdicamente sus refinados barros.

DAMA DE ROSADO: —No las juzguemos. Apenas nos llegan sus voces. Femeninas gargantas que aguardan anhelosas las horas de la tarde. Como si fuera la única oportunidad de escucharse las unas a las otras.

DAMA DE CELESTE: —Eres tú quien me anima a juzgarlas. Yo sólo imaginaba la pureza de la arcilla, la pulcritud de sus vidas.

DAMA DE ROSADO: —Más limpias, más transparentes que las de nosotras dos.

DAMA DE CELESTE: —¡Ciertamente! A ellas no las envuelve el finísimo polvo que tú y yo sí conocemos.

DAMA DE ROSADO: —Las dos siempre tendremos

la juventud que se nos puso en cierto instante. A ellas, en cambio...

DAMA DE CELESTE: —Se les da el lujo de ver crecer a sus hijos... ¡Sus jardines!

DAMA DE ROSADO: —Mientras ellas maduran como frutos que se espesan. Puede ser un arrugamiento muy despacioso.

DAMA DE CELESTE: —¡Y gozoso! Como el de los dátiles que el afecto deja en nuestra cesta.

DAMA DE ROSADO: —¡Discrepo de ti! Ellas no festejarán ni una sola de sus arrugas. ¿Llamamos a una de esas ocupadas mujeres para que nos hablen de la vida entre hijos y de arbustos que florecen?

DAMA DE CELESTE: —Olvidas algo muy importante.

DAMA DE ROSADO: —En este instante sólo me deleito con pensamientos en torno a niños que crecen y plantas amables.

DAMA DE CELESTE: —Ellas tienen la cercanía de firmes varones.

DAMA DE ROSADO: —Estarás de acuerdo conmigo en que todas ellas celebran la firmeza de sus esposos.

DAMA DE CELESTE: —Debemos cerciorarnos. Pero yo, querida, comienzo a aburrirme. ¿Sabes cuál es la profesión del hombre que pule los pisos de esta misma sala?

DAMA DE ROSADO: —Veo que es joven y atareado. Hace brillar la estancia, nos obliga a reflejarnos en el piso de mosaico; pasa con celeridad entre nosotras... ¡Pero no nos ve!

DAMA DE CELESTE: —Tienes que saber que no tiene una ocupación cualquiera. Yo lo creía astrónomo. No me imagino un observatorio sin pisos impecables. Pero...

DAMA DE ROSADO: —¡Me aterras!

DAMA DE CELESTE: —He visto que de su camisa, como una condecoración, pende un carnet de prensa.

DAMA DE ROSADO: —¡Ah! Entiendo: pulir este mosaico es uno de sus ejercicios.

DAMA DE CELESTE: —¿Por qué lo dices?

DAMA DE ROSADO: —A ti y a mí nos han puesto donde estamos para que imaginemos.

DAMA DE CELESTE: —Para que lo descubramos todo. Somos capaces de unir una solitaria perla con el gastado lápiz de un ágil reportero. Hallamos el secreto maridaje de una lámpara que perteneció a Esther Williams con un oscuro papelito de RECADI. Tú dirías que el país debiera disolver sus cuerpos de investigación. Seres como tú y yo nos ocuparíamos de deshilvanar el difícil tejido que se ha vuelto Venezuela. Más bien, habrá que tejer de nuevo.

DAMA DE ROSADO: —Yo sirvo para imaginar,

pero...

DAMA DE CELESTE: —Vuelve a tu escudo, a tu apariencia de debilidad.

DAMA DE ROSADO: —Es de tarde y víspera de feriado. Nos hemos sentado en los columpios de una mansión de Maracaibo. La amplia residencia tiene jardines y talleres de cerámica. Sería muy triste que dedicáramos el rato a una discusión; pero si quieres, volvamos a hablar del joven periodista que se empeña en encerar este piso.

DAMA DE CELESTE: —Te complaceré: ¿qué tiene que ver la pulitura con el ejercicio del periodismo?

DAMA DE ROSADO: —Un buen profesional de la noticia debe saber que lo aguardan las más disímiles geografías. Nuestro país es rico en diferencias de paisajes y de climas. Además, un piso encerado es un buen entrenamiento para moverse en la resbaladiza cotidianidad venezolana. Un resbalón podría torcer cualquier heroico destino. Venezuela es una lustrosa superficie sobre la cual los políticos...

DAMA DE CELESTE: —¿Y los empresarios?

DAMA DE ROSADO: —¡También! Todos ejecutan una magistral acrobacia. El país es una inmensa pista...

DAMA DE CELESTE: —Casi lloras. No seamos patéticas. Tal vez este nuevo periodista deba

viajar muy pronto por los Llanos... Quizás ya esté viendo en este piso las dilatadas planicies por recorrer. Si limpiara columnas, sería porque escribe sobre los árboles y los pájaros.

DAMA DE ROSADO: —O tal vez el piso se le parezca al limpísimo pavimento de las grandes ciudades de nuestro soñado futuro. Pero... ¿Podríamos lograr que nos escuchara hoy? Le pediríamos que nos llevara consigo. No significaríamos peso alguno ni gastos adicionales.

DAMA DE CELESTE: —Déjame pensarlo. (*Pausa.*) La música brasileña que escuchan en esta quinta maracaibera no me impide oír los ruidos de la verja.

DAMA DE ROSADO: —Ni los amistosos ladridos de la perra que acompaña a los moradores.

DAMA DE CELESTE: —El candado suena de un modo distinto. Se ha abierto con suma familiaridad. Llega uno de los habitantes.

DAMA DE ROSADO: —¡Es el que aguardamos en esta calurosa tarde!

DAMA DE CELESTE: —¿Cómo haremos para que nos advierta? ¡Tenemos que inventar una forma de hacernos sentir!

DAMA DE ROSADO: —Hagamos el más complaciente silencio. Contemplemos los retratos que cuelgan de las paredes. Coloquémonos entre el imponente cartel del *Hamlet* ruso y el rostro

juvenil de Elizabeth Taylor.

DAMA DE CELESTE: —¡Hagámonos las distraídas!

DAMA DE ROSADO: —Manifestemos confianza, como si ésta y todas las casas de artistas de cualquier parte del mundo nos pertenecieran.

II

DAMA DE CELESTE: —¡Me siento observada!

DAMA DE ROSADO: —¿Nos observa? Se extraña. ¡Qué felicidad!

DAMA DE CELESTE: —Perdone, señor director de teatro...

DAMA DE ROSADO: —Escultor, utilero, ceramista...

DAMA DE CELESTE: —Escritor...

DAMA DE ROSADO: —¡Perdone la intrusión!

DAMA DE CELESTE: —Gracias por darse cuenta de que estamos aquí. Nadie había tenido la deferencia de sentir que invadíamos esta casa.

DAMA DE ROSADO: —Entendemos que hemos escogido un momento poco oportuno. Todos lucen atareados. Hemos oído muchas conversaciones. En pocas horas hemos sabido todo acerca de cada uno de los que habitan este lugar para el arte y la inteligencia.

DAMA DE CELESTE: —¡Qué caballero es usted!

Va a obsequiarnos con una taza de café antes de que le expliquemos quiénes somos, cómo nos hemos introducido en esta casa, cuáles son nuestras intenciones...

DAMA DE ROSADO: —Me corresponde darle las debidas explicaciones. Pero, antes déjeme decirle que el café está delicioso. Tiene sabor de diálogo...

DAMA DE CELESTE: —De amistad, de confesiones...

DAMA DE ROSADO: —¡De tiempo de amigos!

DAMA DE CELESTE: —Habíamos acordado enviarles una felicitación a todos los venezolanos que, hoy en día, encuentran una hora para hablar cálidamente.

DAMA DE ROSADO: —Si sus compañeros, sus amigos de otras casas y, en fin, la gente que usted frecuenta nos acepta...

DAMA DE CELESTE: —Rogaremos que se nos deje estar entre las amistades. ¡Vivimos confinadas!

DAMA DE ROSADO: —Alguien nos colocó esta vida y estos trajes...

DAMA DE CELESTE: —¡No se tomó la molestia de ponernos nombres!

DAMA DE ROSADO: —Nos guardó entre las hojas del vasto libro del teatro venezolano. Vivimos entre los seres de Elizabeth Schön y de Elisa Lerner, vecinas en esta compilación que nos

cubre.

DAMA DE CELESTE: —Pasamos la vida hablando como esos personajes, que tanto admiramos. Y...

DAMA DE ROSADO: —Queríamos dialogar con usted sobre muchas cosas. ¿Cómo se logra montar teatro del Siglo de Oro en esta ardiente tropicalidad?

DAMA DE CELESTE: —¿Tienen disciplina sus actores?

DAMA DE ROSADO: —¿Se ejercitan tanto los actores como los buenos periodistas?

DAMA DE CELESTE: —¿Estarán dispuestas dos actrices maracaíberas a disciplinarse hasta que mi compañera y yo podamos caminar y discurrir...

DAMA DE ROSADO: —...sobre el país, el absurdo, la memoria, el amor...

DAMA DE CELESTE: —...mientras nuestros tacones suenan acompasadamente, con majestuosa percusión, sobre un seguro tablado de estos lugares?

DAMA DE ROSADO: —¡Que la falta de amantes se convierta en firmes tablados!

DAMA DE CELESTE: —Vea usted, señor director: a nosotras se nos hizo para la ausencia de cuerpos dispuestos, se nos ubicó en la soledad para que, desde allí, viéramos el amor... Para mirar, desde muy altas terrazas, el fluir de la vida nacional.

DAMA DE ROSADO: —Y vivir alerta. Se nos dio la tarea de ser voces que lanzaran advertencias.

DAMA DE CELESTE: —Reconocemos que este finísimo polvo, cuando dura demasiado, pueda volvernos irresponsables.

DAMA DE ROSADO: —¡Olvidadizas!

DAMA DE CELESTE: —Por eso hemos hecho esta osada excursión.

DAMA DE ROSADO: —Perdone la confidencia, pero temo ser la flor que se ha secado en el libro que no vuelve a abrirse.

DAMA DE CELESTE: —Por mi parte, confieso que una cosa es la solitaria lucidez que puede hablarle a un país desde un aireado *pent-house*, mientras las respuestas forman un sano contrapunto; y otra es el estéril confinamiento, la ingratitud de quienes no se toman la molestia de remover ese polvillo.

DAMA DE ROSADO: —Polvillo que, al fin y al cabo, es venezolano.

DAMA DE CELESTE: —Como nosotras, como usted... Como las piezas que ese barbudo profesor crea con sus amables manos en el torno.

DAMA DE ROSADO: —Sabemos que tiene usted muchos compromisos esta tarde. Debe volver a una sala de teatro. Hace tiempo que supimos de una mujer que deseaba viajar en un cesto de

flores. Podríamos hacer lo mismo...

DAMA DE CELESTE: —¡Lograr que se nos incluya en el *bouquet* que llegará al camerino un poco antes de la función de esta noche!

DAMA DE ROSADO: —Saltaremos para felicitar al elenco. Nos aferraremos a dos de las actrices. Les impediremos gozar del largo brindis con cerveza. Las asiremos por días y turbaremos su sueño.

DAMA DE CELESTE: —Nos estamos volviendo agresivas, pero tenemos razón.

DAMA DE ROSADO: —¡Nuestras voces quieren volverse gritos!

DAMA DE CELESTE: —¡Amorosa violencia!

(Se acercan al director. Juntan sus manos alrededor de él. Lo acorralan.)

DAMA DE ROSADO: —¡No iremos escondidas entre rosas!

DAMA DE CELESTE: —¡Nos llevará usted!

DAMA DE ROSADO: —¡Elija usted las actrices! ¡Escoja usted las gargantas!

(Dejan de rodearlo para inclinarse sobre un pequeño espacio, del cual regresan con sendos pares de zapatos en sus manos. Son zapatos negros, de tacón alto.)

DAMA DE CELESTE: —¡Aquí están! ¡Aquí están!

DAMA DE ROSADO: —¡Los tacones que resonarán sobre seguros tablados!

DAMA DE CELESTE: —¡Venga!

DAMA DE ROSADO: —¡Vayamos! ¡No volveremos al finísimo polvo!

(Él hace un gesto de asentimiento. Los tres se dirigen hacia la salida que los conducirá al teatro. Oscuridad.)

**Esa clemencia que pido en la
penumbra**

A Lolita García, dedico.

I

PACIENTE: —Usted tiene razón, doctor. Acá no hay brumas, nos sobra sol... Es cierto... Yo también lo disfruto desde lo que me queda. Recéteme todo el *Valium* que usted considere necesario. Yo le obedeceré en todo: reposaré, me despertaré, pero con mi mano cerrada. Mi izquierda se abre a todas las pastillas que se me indiquen. No son iguales a mi planeta. El mío sí brilla. Colocaré estos soles blancos, opacos, sobre mi lengua. Con el agua ofreceré un brindis por la luz que necesito.

Ahora me toca comenzar a buscar de nuevo mi propio *Bosque nocturno*. Mientras lo busco o mientras el matorral de la noche se hace dueño de mí, con mis ojos que se entrecierran aprenderé los astros, los de arriba, que también brillan. A propósito, no abriré mi mano durante el sueño. Mi diestra permanecerá cerrada. Podría perder mi planeta. Tengo que cuidarlo desde lo que me queda. No te desampararé, planeta mío. Soy un hombre fiel, muy fiel. Ellos no me perdonan esta fidelidad. Pero, óyeme, si abriera un poco más mis dedos, me darías esa luz que necesito. Sin embargo, no me atrevo. He de apretarte. Mi diestra contendrá tu brillo, tu claridad, planeta

que conservo desde lo que todavía soy... Desde lo que todavía... Desde...

II

PACIENTE: —¡He dormido! ¡Salí de la maraña nocturna! ¡Y no te me escapas, planeta! Ya ni me atrevo a mirarte: podrías evaporarte. Siento tu redondez en la palma de mi mano. ¿Las pastillas de la mañana? Muy bien. De nuevo esta mano se atiborra de medicamentos. Los dejo sobre mi lengua. Con el agua, pediré verdadera luz. Su rostro, joven señora, me resulta conocido... ¡Claro! Ahora viste de blanco, usa medias blancas de *nylon*, cofia blanca con un toque de rosa: —señal de que, además de enfermera, usted es estudiosa de cierta disciplina esotérica. Pasaba por la acera, frente a mi ventana, muy erguida y bien peinada. Usted estaba soltera y estudiaba. Caminaba con elegancia y lentamente. De una estudiante de enfermería se espera más agilidad...

¿Tiene hijos? A ese niño le regalaré un caballo de madera... De mi infancia. También los conservo muy bien, desde lo que me queda. No quiero desayunar. Pueden retirar esas frutas, ese pan integral y ese cuenco de avena. Bien lo sabe el doctor: no quiero ver alimentos en esta prisión...

¡Sólo agua y pastillas para ofrecer un brindis por la luz! Pero no se aleje, enfermera... Tiene, además, la calidad de la belleza inalcanzable. Con esa dulzura, usted tiene que ser una persona dada a la piedad. Eso busco, enfermera, eso busco...

III

PACIENTE: —¡Buenos días, doctor! Dormí bien. No recuerdo haber descuidado mi planeta. Paso las noches con mi puño cerrado, entre mi costado izquierdo y la cama. Fue lo único que pude salvar el día que me trajeron. Es verdad que me alcé contra los que llegaron con un camión de mudanzas. Armado del cuchillo más filoso que mi madre había dejado en la cocina que nos queda, me interpuse entre los que pretendían llevarse el piano que tocaban mis padres. Un piano también se conserva para recordar.

No quiero habitar el décimo piso de una torre blanca y enrejada. Me importa muy poco la existencia de un cajero automático. Soy la austeridad misma. Yo soy como la palmera de dátíl que aún se alza en el patio trasero de una de las calles del viejo centro. Esa planta es el símbolo de los que, como yo, nos anclamos en la ciudad que perdimos. Nadie sabe a quiénes he amado fuera del umbral de mi casa. En mi

casa tengo una polvera de metal con relieves. Perteneció a mi madre. Se la regalaré a Alcira. La he amado y no lo sabe. Tiene cara de niña y vive sola. Defiende una colección de tarjetas de felicitación de las que imprimieron los Montiel en 1959. Las usa para recordarles cumpleaños y otras fechas gratas a sus amistades. A veces, cuando estoy arreglando los libros y las revistas que quedaron, pienso en personas como ella y les dedico mi ilusión...

Yo vivo la pieza ecuatoriana que llega desde las noches calientes del bar de la esquina que aún queda:

(Oscuridad. Se escucha parte de la canción Sombras en la voz de Blanca Rosa Gil.)

*Cuando tú te hayas ido
me envolverán las sombras*

(...)

*Y en la penumbra vaga
de mi pequeña alcoba
cuando una tibia tarde
me acariciabas toda*

(...)

*Cuando tú te hayas ido
me envolverán las sombras.*

IV

PACIENTE: —¿Está dándome de alta? ¡Gracias, doctor! Cuando vayan a visitarme, prepararé café para usted y su esposa. Tocaré los vales que mi padre le dedicaba a mi madre. A su esposa le daré una de las polveras con espejo que la embellecieron. Para su hijo pequeño, doctor, tengo no uno, sino varios caballos de madera de mi infancia. Avíseles a mis hermanos y a sus esposas que he dejado en libertad mi planeta. Ahora, planeta, puedes seguir cualquier órbita, podrás rodar y evaporarte... O, si usted quiere, se lo lleva en su maletín, doctor, para que proteja sus papeles. Si a usted no le disgusta el olor a naftalina.

Este pantalón de dormir y esta camisa de hospital me resultan muy holgados, doctor. Los días de reclusión me han vuelto un hombre delgado. Está bien: necesito sentirme ligero, saludable, para todo lo que debo hacer en la casa que nos queda. Como regreso en paz, sano, al lugar de los míos, donde ya no están los míos, me ocuparé del pasillo con sus columnas corintias, junto al patiecito interior. Allí entra la luz, doctor. Espero

que los demás tengan conmigo esa clemencia
que pido en la penumbra.

*(La escena se oscurece mientras se oyen los primeros
compases del valse Mi Teresita de Teresa Carreño.)*

Contenido

La poética dramaturgica de Enrique Romero:	
a propósito de Dos piezas de teatro breve	5
Dos personajes han decidido saludarte	11
Esa clemencia que pido en la penumbra	25

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 7 días del mes de diciembre de 2024, el mismo día pero de 1902, en que los ministros de Alemania e Inglaterra en Caracas, enviaron sendas notas al canciller Rafael López Baralt, por la actitud del gobierno venezolano sobre las deudas contraídas con súbditos de esos países y allí se amenazaba con un bloqueo de las costas venezolanas